

DIOS NO TIENE LA MENOR IDEA¹

Nayareth Pino²

Imagina un niño y ese es Ignacio. Imagina una casa de ladrillos. Olvídate del viento, del sol, del cielo que rodea a esa casa. Olvídate de la infancia aprendida. De los cuentos. Ahora imagina al niño y quema su rostro. Es así como parte esta historia.

Ignacio sopla fuerte. Lo que él quiere es echar abajo su casa de ladrillos, hacer que la historia familiar se vuelva intransitable. Entre sus manos sostiene una pelota solícita a rebotar una y otra vez contra la muralla principal de su casa, sin que se le vaya de las manos el objeto de su rabia: su rostro que respira.

La casa de este niño quemado es pequeña y cualquier rebote, incluso uno infantil, estremece sus murallas haciendo del aparente juego un quebradero de cabeza. Su madre hastiada decide aproximarse, dejar la cocina y cruzar la pequeña sala para ir a ese lugar que denominan jardín.

¿Quieres cortarla, Ignacio? —dice o casi susurra Susana, su madre, con los dientes apretados y los guantes de hule amarillos todavía estilando pequeñas gotas de agua y lavaza a su alrededor. Ignacio no acusa recibo.

¡Me tienes enferma! —vuelve a reclamar ella que está intentando, a duras penas, no salirse de sus cabales.

¿Quieres parar, por favor? —le grita ahora categórica.

El niño, con la pelota frente a su pecho, mira a Susana y respira para sacar, desde la base de su diafragma, el grito que le permita, o desprenderse de esa ira, o hacerse cargo de esta, como diciendo: *mira, mamá, esto es lo que hay*, como diciendo: *esto es lo que soy*. Susana recibe el grito justo en ese lugar al que van los llantos, las pesadillas, las

¹ Inicio de novela inédita *Dios no tiene la menor idea*, capítulo 1.

² Nayareth Pino Luna (Santiago, 1990). Escritora, licenciada en Letras, profesora y magíster en Educación (PUC). Publicó su primera novela *Mientras dormías, cantabas* (Los libros de la mujer rota, 2021), con la que obtuvo el Premio José Nuez Martín de novela (2023) y la mención especial a mejor novela de los Premios Literarios del Ministerio de las Culturas (2022). Actualmente, trabaja en su segunda novela. El fragmento aquí publicado corresponde al inicio de *Dios no tiene la menor idea*, su próxima entrega.

legañas de los hijos. Está casi segura de que es en los riñones, esos que le presionan la parte baja de la espalda. Su cuerpo implosiona, los riñones ceden, las arterias ceden, los humores se mezclan los unos con los otros, y justo cuando el grito de su hijo se agota, vuelve la claridad y el silencio de un cuerpo reacomodándose por dentro. Una que otra cosa ha aprendido durante estos nueve años de madre, ponerse de cuclillas para dirigirse a un niño en crisis es una de ellas. Se saca los guantes y a la altura de ese niño, le sostiene, entre los dorsos de sus manos pasadas a detergente, las mejillas.

Dime qué es lo que te pasa, Ignacio.

Dime qué es lo que te pasa.

La casa se derrumba justo en este punto de esta minúscula historia.

Tú no tienes lunares, le dijeron un día a Susana, antes, mucho antes de ser la madre de Ignacio. Cómo que no —respondió indignada al novio irrelevante de la afirmación falsa. Claro que tengo lunares. ¿Esto que es? —Susana apuntaba el único lunar que vestía su rostro. Nunca había visto a una mujer con tan pocos lunares —agregó él haciendo esa muequita que ostentaba cuando quería expresar a destajo la seguridad que portaba desde su verga a los pies, y de sus pies su cabeza.

Susana esa noche se propuso contar cada uno de sus lunares. Desnuda frente al espejo de su dormitorio, empezó. Con un rotulador los fue marcando y contando, ayudándose de un pequeño espejo para las porciones de piel más esquivas. El primero era sin duda el lunar junto a su ceja, un lunar que su padre tocaba con suavidad antes de abrazarla —o así quedó fosilizada esa imagen a su memoria, su padre acercando la mano hacia su carita de niña, su dedo índice posándose en ese lunar como si así activara el cariño del mundo. El último de sus lunares estaba entre los dedos de sus pies, entre el meñique y el anular, un lunar que su madre —cuando Susana era tan solo una recién nacida—, no notó, aunque insistiera en decirle, mientras la mudaba, que le comería los pies, que cada dedito se los devoraría por completo.

Una vez que Susana terminó su recuento, reparó en un detalle sobre la historia de su cuerpo y se sintió afortunada. Aunque *fortuna* alberga a tan solo unas palabras la posibilidad del desamparo. Ella ese día alcanzó a tan solo a intuir en la piel de sus manos la amenaza de una fortuna alternativa.

Veintitrés lunares y ninguna cicatriz.

Así se defendió Susana frente a su novio cuando se volvieron a encontrar.

Nunca había estado con una mujer tan obsesiva —espetó él.

Tienes veintiún años, no sabes lo que estás hablando —dijo Susana y antes de largarse para no volver, agregó.

Nunca había conocido a un hombre así.

¿Así cómo? Le quedó dando vueltas a él. ¿Así qué? No pudo dormir en dos noches y esa fue toda la venganza que Susana quería.

Con veintitrés lunares y las cicatrices que crecieron alrededor de sus caderas, muslos y pechos, mientras su hijo iba madurando en su vientre, Susana es suspendida en el tiempo. Ignacio la mira fijamente y, en una porción de segundo —entre el grito, la casa y la muralla—, la fulmina con la mirada. El único lunar en la cara de Susana se expande, colonizando a paso raudo la piel de alrededor de sus cejas, ojos, pómulos, mejillas, boca. El niño ve la cara de su madre quemada por ese nevo atípico y detiene su grito. Se arrepiente de su deseo por perturbar la belleza de la mujer que lo arrojó al mundo con un cuerpo perfecto, con los lunares precisos y se larga a llorar.

La mujer ve los ojos de su hijo inundarse y recuerda la llave del lavaplatos abierta.

Acá hay niños que se mueren de cáncer, tú no te vas a morir, así que deja de llorar. Esas son las palabras que salieron de la boca —íntegra, perfecta, bella— de la doctora Narváez, esas son las palabras que esta cirujana eligió articular. La niña a la que se dirigía apretaba los ojos de dolor, de su cara brotaba un líquido amarillo, de olor denso, de sabor quién se atrevería a descubrirlo.

Mañana puedo llegar a desaparecer y no sabré —pensó Rocío.

Ella rara vez —quizá nunca— se cuestionaba por qué a ella todo esto, por qué tenía que pasar el verano encerrada en la Unidad de Quemados del hospital Calvo Mackenna. Ella, a sus doce años, solo quería saber dos cosas. Cuántas nubes se necesitaban para que se largara a llover en verano, para empapar de la cabeza a los pies a dos niños dejados a su suerte entre las nubes pintadas en ese hospital. Nubes que harían del cielo cubierto de Santiago una masa informe, inverosímil, porque las nubes no se mueven, las nubes no se confunden con caras, ni animales, las nubes son solo blancas, suaves, ridículas. Las nubes son solo nubes si se dibujan en un hospital de niños. Cuánta lluvia —insistía Rocío— mientras la doctora Narváez le drenaba la mandíbula. Cuánta lluvia hacía falta en esa sala de hospital para que se largaran esos niños dibujados, pintados mamarrachos, y la dejaran de mirar alegres, sanos, a ella y a sus cuatro compañeros de habitación.

Cuánta lluvia para que se fueran era la primera pregunta. Quién ganaría la final de Protagonistas de la fama —el programa del momento— era la segunda. Cuál de todos esos jóvenes venturosos, de rostros perfectos. Cuál de todas esas mujeres talentosas, de cuerpos indómitos a la herida, a la ignominia, se llevaría el premio anhelado: la fama, un auto rojo cero kilómetros y el protagónico de la próxima teleserie vespertina.

Una vez que la cirujana terminó de drenar y zurcir el rostro de Rocío, se sacó los guantes y los dejó, junto a los implementos, sobre un riñón de acero inoxidable.

Lo hiciste bien pequeña —dijo y sonrió cansada.

Me tira, me arde, me duele —contestó la niña limpiándose los ojos.

Los demás niños hospitalizados observaron silentes la curación. No era empatía la que albergaban sus cuerpos quemados, el dolor de Rocío, a pesar de no ser ella una

quemada, era un espejo. Lo que ellos sentían era rencor. Confesarían alguna vez —a los treinta años en terapia tal vez— que jamás miraron demasiado las cicatrices de los otros. Mirarlas era verse, mirarlas era confirmar que no podrían conversar con ellos mismos si se tuvieran al frente. Mirar, tocar o amar las porciones de piel quemada no podrían.

Me tira, me arde, me duele, me pica.

Dirían más tarde cuando fuera su turno, cuando otra cirujana o enfermera entrara sosteniendo en sus manos un paquete de papel. Lejos de ser un regalo, ese paquete contenía estériles los utensilios para trabajar la piel herida.

El dolor tiene extrañas formas de sobrevivencia. De aquel día, hubo una imagen que Rocío no podría borrar de su cabeza. Rocío reposaba en la salita de espera, ubicada en el pasillo de su pabellón. Frente a su silla, una mesita, un televisor y una taza plástica con los perímetros roídos por mil bocas de infantes furiosos. La leche tibia de media mañana se enfriaba grumosa. Rocío tragaba porque eso es lo que correspondía. Vaciar esa taza para que las asistentes de enfermería se la llevaran en el carrito y junto al carrito se arrastrara el tiempo hasta ver a su madre aproximarse por el pasillo.

Primero las siluetas de otras madres se encaminaron al encuentro de otros enfermos. El delta entre una madre y otra, para cada uno de los niños y niñas hospitalizadas, resultaba eterno y albergaba con insistencia la posibilidad de un abandono rotundo o casual, abandono, a fin de cuentas. Historias no faltaban entre las camas de ese hospital y ellos las conocían todas.

Ahí viene —notó aliviada la niña al reconocer la silueta de su mamá, hasta que por la derecha fue interceptada por la figura de la doctora Narváez. Madre y cirujana se quedaron un rato hablando hasta que la mano de la cirujana se posó sobre el hombro de la madre. Un hombro cubierto por las finas mangas de un vestido rojo de gasa, largo, con pequeñas florcitas blancas estampadas de principio a fin.

A Rocío un frío pus le recorrió el cuerpo. A su madre —la niña no pudo saber— también. Los antibióticos no estaban haciendo efecto, a pesar de haber contactado a la Sociedad de Infectología Nacional y encargarles el cóctel preciso para esos agentes que devoraban la mandíbula de Rocío. La infección no daba marcha atrás, al contrario, era eso lo que la doctora intentaba comunicar.

Y qué podemos esperar —preguntó la madre, una vez que pudo integrar en su cabeza la información que esta doctora articulaba con lástima. De eso estaba segura, ese era el tono, no otro. Esa doctora siente lástima por mi hija —pensó la madre—, esa doctora no sabe lo que hace. La cirujana, sin hallar qué decir, miró a su izquierda y encontró la mirada exangüe de su paciente. Miró hacia el suelo, confusa, y volvió a Rocío una vez más para sostener su compromiso con calma, pero no pudo. Narváez no era la cirujana de Rocío, la cirujana principal estaba en una misión quirúrgica en Haití y ella debió asumir las consecuencias de un postoperatorio inesperado. La doctora, acorralada, miró nuevamente a la madre, aquilató la complejidad de su pregunta y contestó.

Es difícil —dijo botando todo el aire por la nariz.

Rocío se estaba desintegrando.

Es el dolor quien resucita al tercer día. Es el dolor quien empuja la piedra y remece los cuerpos. Rocío nueve mil días después —porque ella no se iba a morir—, siendo ya una mujer en otro hospital, luego de sentir cómo el niño que era su hijo se abría paso entre sus piernas, luego de ver cómo ese cuerpo aún cubierto de residuos se aproximaba a su pecho inflamado de grito y calostro, recordaría aquel día en la Unidad de Quemados.

La retórica del dolor y su insistencia.

Rocío, durante todo su embarazo, sentiría miedo de que su hijo no fuera a nacer con todos sus huesos. No hay posibilidad de heredar tu condición —le aseguraría su ginecóloga, su genetista y cuánto especialista visitara para apaciguar su apremio. Aunque ella no estaría tranquila hasta sentir el leve cráneo de su hijo en la palma y tantear con las puntas de sus dedos cada tejido y cada hueso de la anatomía de un rostro.

Su hijo reposó indemne en la palma de su mano y libre de toda duda, Rocío lo llevaría a su pecho sin sacar cuentas de la fuerza que había en su alegría, de la fuerza que habitara su calma. El recién nacido se largaría a llorar, fiero, adolorido. Entonces, un frío recorrería el pescuezo de la madre, la nuca, la mandíbula, el cuello, la carótida y toda la sangre.

Aquí hay niños que se mueren de cáncer —recordaría.

Tú no te vas a morir.

Así que deja de llorar.

Rocío ya madre, consciente de la imprudencia de esas palabras, se aferraría a ese niño mullido que no se moriría —nunca nunca— y que podría llorar todo lo que él quisiera —siempre siempre. Cerraría los ojos, con decisión, pulverizando las palabras intrusas y sería entonces que se encontraría con el verano —de nueve mil días atrás— reposando en el vestido rojo de su madre y las cientos de florcitas blancas estampadas en la gasa.

